

certidumbre, la seguridad absoluta en su corazón, porque su madre era lo único que amaba en el mundo.

Y discurriendo solo durante la noche se proponía hacer, juntando sus recuerdos, una investigación minuciosa, de donde resultaría la verdad indudable. Luego todo habría concluído y no volvería á pensar más en el asunto.

—“Veamos, pensaba; examinemos primero los hechos; luego recordaré todo lo que sé de él, de su trato con mi hermano y conmigo y de las causas que han podido motivar esta preferencia... Ha visto nacer á Juan... sí, pero á mí me conocía antes. Si hubiese amado á mi madre con un amor mudo y reservado, me hubiera preferido á mí, toda vez que mi fiebre escarlatina fué causa de su intimidad con mis padres. Lógicamente debía preferirme, á menos que viendo crecer á mi hermano hubiera experi-

mentado por él una atracción, una predilección instintivas.”

Entonces revolió su memoria con una tensión desesperada de todo su pensamiento, de toda su fuerza intelectual, para reconstituir, rehacer, penetrar aquel hombre, que durante su estancia en París había tratado con indiferencia.

Creando que hasta el ligero movimiento de sus pasos turbaba sus ideas y distraía algún tanto su memoria, y deseando concentrar su pensamiento de manera que ni el menor accidente lo apartase de su trabajo, quiso permanecer inmóvil en un lugar ancho y desierto, y fué á sentarse en la punta del muelle como la noche pasada.

Al acercarse al puerto oyó en alta mar un sonido lamentable y siniestro, semejante al mugido de un toro, pero más largo y más fuerte. Era la voz de una bocina, el grito de los barcos perdidos en la niebla.

Un estremecimiento recorrió sus miembros y crispó su corazón. Aquel grito de socorro repercutió en su alma y en sus nervios, como si lo hubiera dado él mismo. Otra voz semejante gimió á su vez un poco más lejos; y luego muy cerca, la bocina del puerto contestó con un sonido desgarrador.

Pedro, sin pensar en nada, se dirigió apresuradamente hacia el muelle, satisfecho de entrar en aquellas tinieblas lúgubres y mugientes.

Sentado en una piedra cerró los ojos para no ver los focos eléctricos, velados por la bruma, que hacen accesible el puerto por la noche, ni la luz roja del faro del muelle del Sur que apenas se distinguía. Luego, volviéndose casi de espaldas, apoyó los codos en el granito y escondió la cara entre las manos.

Sin que sus labios pronunciaran la palabra, su pensamiento repetía el nombre de Marechal como si quisiera

evocar su sombra. Y en la oscuridad de sus ojos cerrados lo vió tal como le había conocido. Era un hombre de sesenta años, con la barba blanca y puntiaguda y las cejas muy pobladas también blancas. No era ni alto ni bajo, tenía el aspecto afable, los ojos pardos y dulces, el ademán modesto, y parecía un hombre bueno, sencillo y cariñoso. Llamaba á Pedro y Juan "mis queridos hijos", nunca mostraba preferencias por ninguno y los convidaba con frecuencia á comer.

Y Pedro, con una tenacidad de perro que sigue una pista perdida, procuraba recordar las palabras, los gestos, las entonaciones, las miradas de aquel hombre desaparecido de la tierra. Poco á poco lo iba viendo por completo en su habitación de la calle Trouchet, cuando los sentaba á su mesa á su hermano y á él.

Le servían dos criadas, ya viejas, que hacía mucho tiempo, sin duda,

habían adquirido la costumbre de decir: “el señorito Pedro,” y “el señorito Juan.”

Marechal tendía las manos á los dos jóvenes, al uno la derecha y al otro la izquierda, sin distinción ninguna.

—Buenos días, hijos míos—decía.—
¿Tenéis noticias de vuestros padres?
A mí no me escribe nunca el señor Roland.

Hablaban familiarmente de cosas indiferentes. En el talento de aquel hombre no había nada de extraordinario, pero sí amenidad, encanto y gracia. Era seguramente para ellos uno de esos buenos amigos en los que no se piensa nunca, por lo mismo que se tienen seguros.

Entonces aflúan los recuerdos á la memoria de Pedro. Muchas veces viéndole pensativo y adivinando sus apuros de estudiante, Marechal le había ofrecido y prestado espontáneamente

dinero, algunos centenares de francos, tal vez olvidados por uno y otro y jamás devueltos. Así, pues, aquel hombre le quería y se interesaba por él, puesto que se cuidaba de sus necesidades. Pero en ese caso... ¿por qué dejaba toda su fortuna á Juan? No, visiblemente nunca se había mostrado más afectuoso con el pequeño que con el mayor, ni más interesado por el uno que por el otro, ni menos cariñoso en la apariencia con éste que con aquél. Pero esto mismo demostraba que había una razón poderosa y secreta para dejárselo todo á Juan y á Pedro nada.

Cuanto más pensaba, cuanto más evocaba el pasado de los últimos años, más inverosímil, más inexplicable encontraba el doctor la diferencia establecida entre los dos hermanos.

Y un sufrimiento agudo, una angustia extraordinaria invadía su pecho y agitaba su corazón, que palpita

taba desordenadamente, como si se hubieran roto sus fibras.

Entonces murmuró á media voz como se habla en la pesadilla: "Es preciso saber, Dios mío, es preciso saber."

Llevaba más lejos sus investigaciones, extendiéndolas hasta la época en que sus padres vivían en París; pero entonces se desvanecían los rostros y se embrollaban sus recuerdos. Por más que hacía no lograba recordar á Marechal con sus cabellos rubios, castaños ó negros; el último aspecto de aquel hombre, su aspecto de viejo, había borrado todos los otros. Recordaba, sin embargo, que era más delgado, que tenía la mano suave y que regalaba muchas flores, porque su padre repetía mil veces: "¿Más ramos? ¡Pero esto es una locura! Va Ud. á gastar su fortuna en flores."

Marechal contestaba: "Deje usted, tengo gusto en esto."

Y de repente surgió en su memoria

la entonación de su madre, que decía sonriendo: "Gracias, amigo mío". Recordó estas palabras con tal precisión que creía estar oyéndolas. Luego debía de haberlas pronunciado muchas veces para que se grabaran tanto en la memoria de su hijo.

Es decir, que Marechal, el hombre rico, el caballero, el cliente, llevaba flores á una tendera, á la mujer de un humilde platero. ¿La había amado? ¿Cómo si no se hubiera hecho amigo de aquellos modestos comerciantes? Era un hombre instruido y de inteligencia despejada. Muchas veces había hablado con Pedro de poetas y de poesía. Apreciaba á los escritores, no como artista, pero sí como aficionado que siente. El doctor había sonreído muchas veces con sus entusiasmos que creía un poco cándidos. A la sazón comprendía que era imposible que aquel hombre sentimental hubiera sido amigo de su padre, tan positivo,

tan prosaico, para quien la palabra "poesía," significaba necedad.

Así, pues, Marechal, joven, libre, rico, dispuesto á todas las ternuras, entró un día por casualidad en una tienda y se fijó quizás en la linda tendera. Compró algo, volvió, habló cada vez más familiarmente, y pagando con frecuentes compras el derecho de sentarse en aquella casa, de sonreír á la mujer y dar la mano al marido.

Y después..... después..... ¡oh, Dios mío!..... después.....

Había amado y acariciado al primogénito, al hijo del platero, hasta que nació el otro, permaneciendo impenetrable mientras vivió; y luego, una vez cerrada su tumba, su carne descompuesta, su nombre borrado de entre los vivos, todo su ser desaparecido para siempre, cuando ya no tenía nada que mirar, que temer ni que ocultar, había dejado toda su fortuna al segundo hijo... ¿Por qué? Aquel

hombre inteligente hubiera debido comprender y prever que iba á dar á entender casi infaliblemente que aquel hijo era suyo. Es decir, que deshonraba una mujer. ¿Cómo hubiera hecho esto si Juan no fuese su hijo?

Y de repente atravesó el alma de Pedro un recuerdo preciso y terrible. Marechal había sido rubio, rubio como Juan. Recordaba en aquel momento un retrato en miniatura que había visto en otro tiempo en París, sobre la chimenea de la sala y que ya había desaparecido. ¿Dónde estaba? ¿perdido ú oculto? ¡Oh! si él pudiera verlo siquiera un segundo: Su madre lo había guardado tal vez en el cajón desconocido donde se guardan las reliquias de amor.

El dolor que le produjo esta idea fué tal que exhaló un gemido corto y ahogado. Y como si le hubiera escuchado, como si le hubiera comprendido y quisiera contestarle, la bocina

del muelle resonó cerca de él. Su clamor de monstruo sobrenatural, más sonoro que el trueno, rugido salvaje y formidable como para dominar la voz del viento y de las olas, se extendió en las tinieblas sobre la mar invisible envuelta en brumas.

Entonces, á través de la oscuridad resonaron voces semejantes, unas más lejos y otras más cerca. Aquellos gemidos de los barcos que no veían donde estaban eran aterradores.

Luego todo quedó en silencio.

Pedro abrió los ojos, y despierto de su pesadilla miró sorprendido de encontrarse allí.

“Estoy loco, pensaba, sospecho de mi madre.” Y una ola de amor y de ternura, de arrepentimiento, de ruego y de desolación inundó su alma. ¡Su madre! ¿Podía sospechar de ella conociéndola como la conocía? ¿Acaso el alma y la vida de aquella mujer sencilla, casta y leal no eran más

claras que el agua? Viéndola y conociéndola, ¿cómo no reconocer que era impecable? ¿Y era él, su hijo, quien sospechaba de ella? ¡Oh! si en aquel momento hubiera podido cogerla en sus brazos, ¡cómo la habría besado y acariciado!.. ¡cómo hubiera caído de rodillas pidiendo perdón!..

¡Ella había de engañar á su padre, ella!.. ¡Su padre!.. seguramente era un hombre honrado y probo en negocios, pero su inteligencia no había franqueado nunca el horizonte de su tienda. ¿Cómo aquella mujer que había sido muy linda—él lo sabía y aún se conocía,—dotada de un alma delicada, afectuosa, tierna, había aceptado por esposo un hombre tan diferente?

Estaba visto, se había casado como se casan todas las jóvenes con el hombre establecido que les presentan sus padres. Se habían instalado desde luego en su tienda de la calle Montmartre; y ella, reinando en el mos-

trador, animada por el espíritu del nuevo hogar, por ese sentimiento servil y sagrado del interés común que reemplaza al amor y hasta al afecto en la mayor parte de los matrimonios del comercio de París, se había puesto á trabajar con toda su inteligencia activa y perspicaz en la fortuna de la casa. Así había corrido su vida, uniforme, tranquila, honrada, sin amor...

¿Sin amor? ¿Era posible que una mujer no amase? Una mujer joven, bonita, viviendo en París, leyendo libros, aplaudiendo á las actrices que mueren de pasión en la escena, ¿podía llegar desde la adolescencia hasta la vejez sin que su corazón latiese? De otra no lo creería, ¿por qué lo había de creer de su madre?

Seguramente había podido amar como otra cualquiera. ¿Por qué había de ser diferente de las demás aunque fuese su madre?

¿Había sido joven con todos los desfallecimientos poéticos propios de su edad! Encerrada en su tienda, al lado de un marido vulgar, que no sabía hablar más que de comercio, había soñado con hermosas noches de luna, viajes y besos cambiados en la sombra de la noche. Y un día había entrado un hombre como entran los galanes en los libros y había hablado como ellos.

¿Ella le había amado? ¿Por qué no? ¿Era su madre! sí... pero era preciso ser ciego y estúpido para negarse á la evidencia, porque se trataba de su madre.

¿Se había entregado?... Sí, puesto que aquel hombre no había tenido otra amiga; sí, porque había permanecido fiel á la mujer ausente y vieja; sí, puesto que había dejado toda su fortuna al hijo que creía suyo.

Y Pedro, temblando de furor se levantó con deseos de matar á alguien.

Su brazo extendido y su mano abierta deseaban golpear, herir, estrangular... ¿A quién? A todo el mundo, á su padre, á su hermano, al muerto, á su madre.

Se dispuso á volver á su casa. ¿Qué iba á hacer?

Cuando pasaba delante de una torre-cilla, cerca del mástil de señales, el sonido estridente de la bocina le hirió en el rostro. Su sorpresa fué tan violenta que estuvo para caer y retrocedió hasta el parapeto de granito, y se sentó en él falto de fuerzas y quebrantado por la emoción.

La marea estaba alta, y el vapor que contestó el primero estaba tan próximo que parecía hallarse en la boca del puerto.

Pedro se volvió y vió su luz roja, empañada por la niebla. Luego, entre la claridad difusa de las luces eléctricas del puerto, se dibujó entre los dos muelles una gran sombra. Detrás de

él la voz del vigía, ronca, como de marino retirado, gritaba:

—¡Nombre del barco!

Y desde el puente la voz también ronca del piloto contestaba:

—*Santa Lucía.*

—¿País?

—Italia.

—¿Puerto?

—Nápoles.

Y Pedro creyó tener ante su vista el penacho de fuego del Vesubio, mientras al pie del volcán brillaban lucecitas en los bosques de naranjos de Sorrento y de Castellamare. ¡Cuántas veces había soñado con estos nombres que le eran tan familiares como si conociera los paisajes! ¡Oh! ¡Si pudiera partir en seguida, no importa dónde, y no volver nunca, ni escribir, ni hacer saber lo que había sido de él! Pero no, tenía que volver á la casa paterna y acostarse en su cama.

Tanto peor, pasaría la noche en

el puerto. La voz de las bocinas le gustaba. Se levantó y empezó á pasear como un oficial que hace su cuarto en el puente. Detrás del primero se acercaba otro barco, enorme y misterioso. Era un buque inglés que venía de la India.

Aún vió llegar varios que salían unos detrás de otros de la sombra impenetrable. Luego, como la humedad de la niebla se hacía insoportable, regresó á la ciudad. Tenía tanto frío, que entró en un café de marineros para beber un *grog*; y cuando el aguardiente caliente con pimienta le quemó el paladar y la garganta, sintió renacer en él de nuevo la esperanza.

¿Se había quizás engañado? ¿Reconocía su sinrazón vagamunda! ¿Se había engañado sin duda? Había acumulado las pruebas del mismo modo que se instruye una requisitoria contra un inocente, siempre fácil de con-

denar cuando se quiere creerle culpable. Después de dormir pensaría de otro modo. Volvió á su casa para acostarse, y á fuerza de voluntad acabó por dormirse.